



Sala de Oraciones
de la gran mezquita
de Córdoba; ampliada
por Almanzor, cuenta
con 600 columnas.
La mezquita cordobesa
fue la obra magna
de los gobernantes
omeyas de al-Andalus

al-Andalus, donde logró acceder al emirato. Ello explica que las relaciones entre los emires omeyas andalusíes y los califas abasíes, con sede en Bagdad, fuesen poco cordiales.

LOS CALIFAS ANDALUSÍES

Abderramán III había logrado reducir, en sus primeros años de emirato, las graves tensiones internas que agitaban la vida de al-Andalus desde las últimas décadas del siglo IX. Su proeza más gloriosa

fue, en 928, la toma de la plaza alpujarreña de Bobastro, centro del poder del peligroso rebelde Umar ibn Hafsun, un muladí (musulmán descendiente de cristianos) levantado contra la autoridad central de Córdoba desde la década de 880.

Por otra parte, el joven emir de al-Andalus veía con alarma la amenaza que suponía para su poder la expansión por el norte de África de los fatimíes, una secta musulmana surgida en Kairuán que reivindicaba la sucesión del profeta Mahoma, y cuyo dirigente se había proclamado califa en el año 910.

Así las cosas, todo parece indicar que la decisión de Abderramán III de erigirse, a su vez, en califa no era sólo consecuencia de su hostilidad hacia los abasíes, sino también fruto de los éxitos obtenidos en al-Andalus y de la necesidad de poner freno al avance de los fatimíes.

El emir omeya de al-Andalus adoptó el título de califa a comienzos de 929. Así lo expresa una crónica de la época, que pone en boca del nuevo califa las siguientes palabras: «Hemos decidido que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes [...]. Además, hemos com-

prendido que despreciar ese título, el cual se nos debe, es abdicar de un derecho que nos pertenece y dejarse perder una designación firme». Abderramán III, que mantuvo estrechas relaciones internacionales con Bizancio y con el Sacro Imperio Romano Germánico, estuvo al frente del califato de Córdoba hasta su muerte, acaecida en 961. Le sucedió su hijo al-Hakam II, quien gobernó al-Andalus entre 961 y 976, período

caracterizado por el predominio de la paz y el esplendor del arte y de la cultura.

Mas con el tercer califa, Hisham II, cuyo gobierno se extendió entre los años 976 y 1009, el fulgor de al-Andalus se ensombreció. El poder efectivo del califato,

tanto en el terreno político como en el militar, lo detentó en esa etapa Almanzor, la figura más destacada de al-Andalus en las últimas décadas del siglo X. Ibn Abi Amir, que era como se llamaba Almanzor, pertenecía a una familia originaria del Yemen que se había establecido en la zona de Algeciras a comienzos del siglo VIII. Realizó una carrera sorprendente en la corte de al-Hakam II, terminando por convertirse en protector del heredero del califato, Hisham II.

Cuando éste accedió al califato, nombró a Ibn Abi Amir *bayib*, cargo que equivalía a una especie de primer ministro. Sus éxitos militares —lanzó devastadoras campañas militares contra los reinos cristianos del norte— y su fe religiosa elevaron su figura, lo que explica que, en el año 981, se le denominara «al-Mansur bi-Llah», que significa «victorioso por Dios». De ahí deriva el nombre de Almanzor con que fue conocido por los cristianos.



LA CORTE CALIFAL

El califa cordobés era la suprema autoridad espiritual y temporal de la comunidad musulmana de al-Andalus. Presidía la oración solemne del viernes, juzgaba en última instancia y dirigía el ejército y la política exterior. En la imagen, audiencia de Abderramán III, por Dionís Baixeras (1888)

El primer califa andalusí

RELATA IBN AL-JATIB, historiador andalusí del siglo XIV, que Abderramán III asumió el poder «mientras al-Andalus ardía con un fuego avivado por crecientes discordias e hipocresías, y las provincias se hallaban en un estado de conmoción. Gracias a su buena estrella e indomable espíritu, Dios lo pacificó». En efecto, cuando en octubre del año 912 Abderramán sucedió en el gobierno a su abuelo, el emir Muhammad I, el poder central debía hacer frente a múltiples rebeliones: del muladí al-Yilliqi en Badajoz, de los mozárabes de Toledo, de Ibn Hafsun (muladí convertido al cristianismo) en Bobastro, de los árabes Banu Hayyay en Sevilla... En 917 el emir se hizo con Sevilla y asedió Bobastro, que tomó en 928 —allí había muerto, sitiado, Ibn Hafsun—. Entonces, en 929, tomó el título de califa y Príncipe de los Creyentes, así como el sobrenombre honorífico de al-Nasir li-din Ilah, «el victorioso por Dios». Entre esa fecha y 932 redujo a la obediencia a Badajoz y Toledo, y estableció una cabeza de puente en el Magreb frente a los fatimíes, con la conquista de Melilla, Ceuta y Tánger. El califa hizo sentir sobre los reinos cristianos de la Península su poder militar, al tiempo que mantenía relaciones diplomáticas con los imperios bizantino y germánico. Ordenó construir el complejo de Medina Azara y el imponente minarete de la gran mezquita cordobesa, y legó a su hijo al-Hakam II un poderoso reino.

Almanzor pasó a ser una especie de dictador, relegando al califa a un papel meramente decorativo. Hisham II vivía recluido en su palacio, sin ejercer poder ninguno. Una crónica de la época se refiere a ello diciendo que «no tenía Hisham de la realeza otra cosa que la invocación de su nombre sobre los pulpitos en la oración, y su inscripción en las monedas y banderas». Una vez desaparecidos Almanzor e Hisham II (en 1002 y 1009, respectivamente), al-Andalus entró en la «gran fitna», una especie de guerra civil cuya conclusión fue el hundimiento del califato de Córdoba.



Cúpula del mihrab
(el lugar que indica la dirección en que deben orar los fieles) de la gran mezquita cordobesa, construido durante el reinado del segundo califa andalusi, al-Hakam II

Hasta la muerte de Almanzor, el califato contaría con fuerzas militares de gran relieve, tanto terrestres como navales, que aseguraron su supremacía sobre los cristianos.

UNA POTENCIA MILITAR

El primer califa cordobés, Abderramán III, no sólo puso fin a las numerosas querellas internas de al-Andalus, sino que supo hacer frente a sus enemigos exteriores. En efecto, los cristianos del norte de la Península, que durante el siglo IX habían aprovechado la debilidad de al-Andalus para progresar hacia las tierras del sur, no sólo fueron contenidos sino que

hubieron de sufrir victoriosas incursiones musulmanas por tierras de la submeseta norte, como la que concluyó en la espectacular victoria musulmana de Valdejunquera (920) sobre las huestes de León y Navarra, aunque los cristianos también infligieron al primer califa cordobés una severa derrota en Simancas (939), donde sus tropas fueron vencidas por el soberano leonés Ramiro II. Asimismo, Abderramán III logró paralizar el avance de los fatimíes por el norte de África, gracias sobre todo a la brillante actuación de la marina de al-Andalus, al tiempo que incorporaba a sus dominios las importantes ciu-

A comienzos del año 929 el emir Abderramán III tomaba el título de Príncipe de los Creyentes

dades norteafricanas de Melilla (927) y Ceuta (931), a las que un tiempo después sumaría Tánger (951).

En tiempos de al-Hakam II apenas hubo enfrentamientos militares entre el califato y los reinos cristianos peninsulares; antes al contrario, las embajadas cristianas acudían a Córdoba a rendir pleitesía al califa. Simultáneamente los fatimíes se desplazaron hacia las tierras de Egipto. Ahora bien, en esos años los normandos (o vikingos) lanzaron ataques contra diversas ciudades andalusíes, en particular contra Lisboa.

Durante el califato de Hisham II, a finales del siglo X, Almanzor, al frente de un ejército compuesto básicamente por bereberes, llevó a cabo una serie de terroríficas campañas contra los núcleos cristianos, incluyendo entre sus objetivos ciudades tan poderosas como Pamplona, Burgos y León. Hitos básicos de esas campañas fueron el saqueo de la ciudad de Barcelona, en 985, y el ataque de 997 contra Santiago de Compostela, en donde Almanzor, de modo sorprendente, respetó la tumba del apóstol. Pero en el año 1002, al regresar de una expedición en tierras de La Rioja, en donde destruyó el monasterio de San Millán de la Cogolla, murió cerca de Medinaceli, lo cual alivió la suerte de los reinos cristianos. Una crónica cristiana de la época dice, de forma muy expresiva, que «fue sepultado en los infiernos».

EL CALIFA Y SUS SÚBDITOS

El mundo musulmán era una sociedad teocrática, puesto que en ella el poder político y el religioso se concentraban en la persona del califa, cuya dignidad equivalía a la suma de

las dos grandes dignidades del orbe cristiano, el papa, máximo dirigente espiritual, y el emperador, cabeza del poder temporal. La figura clave del gobierno andalusí, después del califa, era el *hayib* o chambelán, quien dirigía la casa real y los principales organismos de la administración, esto es, la cancillería y la hacienda. Por debajo del *hayib* se hallaban, en la Córdoba califal, los visires, una suerte de ministros de segundo orden.

La cancillería era el organismo que expedía los documentos oficiales de al-Andalus. La hacienda se basaba en los ingresos que recibía de los súbditos, consistentes en la limosna que entregaban los musulmanes y en los tributos impuestos a las minorías cristiana (mozárabe) y judía. La justicia era administrada por el cadí, magistrado que debía conocer a fondo los principios religiosos del islam y poseer a la vez altas cualidades morales. El cadí gozaba de una autoridad moral tan elevada que incluso podía reprender a los califas por su conducta.

Desde el punto de vista territorial, al-Andalus estaba dividido en coras, entidades administrativas en cierto modo equivalentes a las actuales provincias. En tiempos de Abderramán III, al-Andalus contaba, al parecer, con 36 coras, aparte de la propia de la ciudad de Córdoba. Cada cora tenía al frente un valí, o gobernador. Las zonas de al-Andalus fronterizas con los núcleos cristianos del norte de la Península estaban organizadas en tres marcas: Superior, Media e Inferior, cuyos centros administrativos eran, respectivamente, las ciudades de



ORONCZ

GUERREROS

La fuerza militar del califato cordobés fue terrible para los reinos cristianos peninsulares, especialmente en época de Almanzor, a finales del siglo X. Arriba: escena de combate representada en la arqueta de Leire, tallada en marfil en 1004-1005 por encargo de Abd al Malik, hijo y sucesor de Almanzor. Museo de Navarra, Pamplona

El califato andalusí

- **912**
Abderramán II accede al emirato andalusí. Logrará imponer su autoridad sobre todo al-Andalus
- **929**
Abderramán III se proclama califa de al-Andalus, rompiendo con el califato abasí de Bagdad
- **961-976**
Califato de al-Hakam II. Es una época de paz y prosperidad, y de esplendor artístico y cultural
- **976-1009**
Califato de Hisham II. El poder efectivo está en manos de Almanzor, su primer ministro
- **1002**
Muerte de Almanzor, que había dirigido devastadores ataques contra los cristianos
- **1009-1031**
El califato andalusí cae en la anarquía. Luchas entre las distintas facciones étnicas y políticas
- **1031**
Disolución del califato. Los notables de Córdoba deciden la abolición del califato

Zaragoza, Toledo y Mérida. Al frente de cada ciudad de al-Andalus había un *zalmedina* o prefecto, bajo cuya autoridad se hallaban otros funcionarios menores, entre los que se contaba el *zabazoque*, encargado de vigilar el buen comportamiento en el mercado o *zoco*.

La población de al-Andalus era muy variada. La mayoría la constituían los musulmanes, buena parte de los cuales descendía de los antiguos habitantes cristianos de la Hispania visigoda que habían abrazado el islam, sin duda por las ventajas económicas que ello les suponía; a éstos se les llamaba «muladíes» o



Fachada occidental de la mezquita de Córdoba. Las sucesivas ampliaciones de esta construcción acabaron por definir un inmenso recinto dedicado al culto, de 22.500 metros cuadrados de superficie

renegados. Había también importantes minorías de cristianos, denominados mozárabes, y de hebreos, y en la época califal predominó la tolerancia entre las tres religiones.

UNA SOCIEDAD PRÓSPERA

Al-Andalus gozó, en tiempos califales, de una excepcional prosperidad económica, lo que contrastaba rotundamente con la modestia de los núcleos cristianos peninsulares. Si pujante era la agricultura en la economía hispanomusulmana, no hay duda de que su mayor novedad residió en la fortaleza de la producción artesanal y del comercio, activida-

des localizadas esencialmente en los núcleos urbanos. Por lo demás, se trataba de una economía fuertemente monetarizada, en tanto que en la España cristiana apenas circulaba la moneda.

La agricultura de al-Andalus continuó, en buena medida, la tradición de la época romana, circunscrita a los cultivos de la denominada tríada mediterránea, es decir, los cereales, la vid y el olivo. Ahora bien, la gran aportación de los musulmanes a la agricultura hispana radicó en la multiplicación de los regadíos, en particular gracias a la difusión de la noria. Sólo en el valle del Guadalquivir se

En época califal había importantes minorías de cristianos y judíos, y predominó la tolerancia religiosa

estima que había en el siglo X unas 5.000 norias. Al mismo tiempo, introdujeron o propagaron cultivos hasta entonces poco o nada conocidos: la naranja, el higo, el limón, la granada, el arroz, el algodón o el azafrán, así como gran variedad de plantas aromáticas y medicinales. La ganadería estuvo centrada, de modo mayoritario, en la cría del caballo, la oveja y la cabra. Otra contribución esencial al auge económico de al-Andalus en época califal fue la extracción de minerales, en particular hierro, plomo, estaño, cinabrio y oro, este último obtenido ante todo por el método del lavado en diversos cursos fluviales.

La actividad artesanal preponderante era la fabricación de tejidos, entre los que gozaron de gran fama los brocados cordobeses, siendo también muy apreciados los productos elaborados a base de lino, particularmente en Zaragoza. No mucho menor fue la importancia de actividades como el trabajo del marfil y la fabricación de armas, papel, y objetos de cerámica y vidrio.

El activo comercio interior de al-Andalus se concentraba en los zocos de las ciudades y se apoyaba en la circulación de monedas, ya fueran de oro, como el dinar, o de plata, como el dirhem. El zoco, espacio fundamental en las ciudades andalusíes, constituía un laberinto de callejuelas, cada una de las cuales estaba dedicada a la venta de un determinado tipo de productos. Los que alcanzaban mayor valor se expendían en dependencias del zoco denominadas bazares o alcaicerías. El zoco de mayor relieve en la etapa califal fue el de Córdoba, que contaba incluso con un mercado de esclavos y otro de

libros. Al-Andalus mantuvo relaciones comerciales con el resto de los países islámicos y con la Europa cristiana. Exportaba primordialmente productos agrícolas y tejidos, a cambio de especias procedentes de Oriente, esclavos de la Europa oriental y del África negra, y pieles y metales de los países cristianos.

UN FOCO CULTURAL DEL ISLAM

La asombrosa expansión del islam por el Mediterráneo oriental y el

Oriente Próximo se tradujo en la recopilación de numerosos textos literarios, filosóficos y científicos, la mayoría procedentes del mundo helenístico, junto a otros de origen persa o hindú. Esta excepcional riqueza cultural se difundió por todo el mundo islámico, y llegó hasta la península Ibérica. De este modo, tal y como señaló en su día el profesor Juan Vernet, ya en el siglo IX «aparecen los primeros sabios dignos de este nombre» en al-Andalus. El prestigio cultural de Córdoba alcanzó tal magnitud que, a mediados del siglo X, acudieron a la capital andalusí monjes del monasterio catalán de Santa María de Ripoll, con el propósito de copiar diversos textos científicos.

El cultivo de las letras se plasmó sobre todo en el campo de la poesía, cuyo más brillante creador fue Ibn Abd Rabbihi, poeta de la corte de Abderramán III, a quien dedicó numerosos versos. Gran relieve como gramático alcanzó al-Zubaydi, quien contó con el mecenazgo de al-Hakam II; fue tutor del futuro califa Hisham II y escribió valiosas obras de lexicografía. Como historiadores sobresalieron al-Razi, a quien se le atribuye una historia de



ORNOZ

LA ARTESANÍA

Las manufacturas de lujo de origen andalusí, como el trabajo de marfil, gozaron de merecida fama. Sobre estas líneas, una imagen de la arqueta de Leire, así llamada por haberse conservado en ese monasterio navarro como relicario de dos santas. En las inscripciones aparece el nombre de su autor: «Fue hecho por Faray con sus discípulos».

El cultivo de las letras se plasmó sobre todo en el campo de la poesía, cuyo más brillante creador fue Ibn Abd Rabbihi, poeta de la corte de Abderramán III, a quien dedicó numerosos versos. Gran relieve como gramático alcanzó al-Zubaydi, quien contó con el mecenazgo de al-Hakam II; fue tutor del futuro califa Hisham II y escribió valiosas obras de lexicografía. Como historiadores sobresalieron al-Razi, a quien se le atribuye una historia de

Europa hacia el año 1000

EUROPA y el mundo mediterráneo constituían un ámbito en el que confluían mundos claramente diferenciados en lo religioso y en lo cultural. Por una parte, estaba el mundo musulmán, que, perdida la unidad política de épocas anteriores, estaba fragmentado en tres califatos: el oriental o de los abasíes, quienes tras deponer a los califas omeyas de Damasco en el siglo VIII habían fijado su corte en Bagdad, el califato de Córdoba, fundado en el año 929 por una rama de la dinastía omeya, y el califato creado en 910 por los fatimíes, enfrentado a los omeyas, con sede primero en Kairuán y luego, desde 972, en El Cairo. Por otro lado, como heredero del fenecido Imperio romano, subsistía el Imperio bizantino, que —enfrentado a búlgaros y musulmanes— se extendía desde los Balcanes hasta Asia Menor. Finalmente, el tercer gran ámbito cultural era el de la Europa cristiana, donde el mapa político estaba sumamente dividido. La mayor entidad política era el Sacro Imperio Romano Germánico, sucesor del Imperio carolingio, cuyos dominios se extendían por los territorios de la actual Alemania y por extensas regiones de la península italiana. El resto de la Europa cristiana estaba constituido por las incipientes monarquías feudales, entre las cuales sobresalían las de Francia e Inglaterra; el reino de Borgoña; los reinos escandinavos de Dinamarca, Suecia y Noruega; y el reino de Hungría.

al-Andalus (*Crónica del moro Rasis*) y que, según dijo el insigne arabista Levi-Provençal, fue el «primero en codificar las reglas de la composición histórica»; y al-Qutiya, quien escribió una *Historia de la conquista de al-Andalus*. Entre los geógrafos destaca al-Warraq, autor de *Las rutas y los reinos*. Al-Andalus fue, además, el agente transmisor a la Europa cristiana de la numeración arábiga, de origen hindú, que sustituiría a la romana.

En el ámbito de las disciplinas científicas sobresalieron las matemáticas, la astronomía y la medicina. Nombres señeros en estas materias fueron al-Mayriti, conocido como el



CARTOGRAFIA: EOS616

«Euclides de España»; al-Samh, autor de unas famosas tablas astronómicas, y al-Zahrawi, llamado Abulcasis, quien dejó una interesante enciclopedia medicoquirúrgica. En lo que se refiere a la medicina no es posible olvidar el alcance que tuvo la traducción al árabe, en época califal, de la *Materia médica*, obra fundamental de Dioscórides, médico y naturalista griego del siglo I d.C.

EL BRILLO DE LA ARQUITECTURA

El edificio más emblemático de la Córdoba califal fue, sin duda, la gran mezquita, estrechamente ligada al linaje de los omeyas. Su construc-

ción comenzó hacia el año 784, en tiempos del emir Abderramán I, fundador de la dinastía omeya de al-Andalus. Esta edificación fue erigida en el lugar en el que, con anterioridad, se levantaba la basílica visigoda de San Vicente. Inicialmente la mezquita contaba con once naves y tenía forma de cuadrilátero, de unos 76 metros de lado. Hacia el año 833, el emir Abderramán II procedió a la primera ampliación del recinto, con la adición de ocho naves transversales en el testero meridional. Fue, sin embargo, en el siglo X cuando la mezquita cordobesa alcanzó todo su esplendor.

La numeración arábiga, que sustituyó a la romana, llegó a Europa a través de al-Andalus

